

## Juan Noemi Callejas: Teólogo del Concilio

*Eduardo Silva Arévalo, S.J.*

esilva@uahurtado.cl

Preparando las líneas para este homenaje recordé una de las canciones que nos animó y sostuvo durante la dictadura y que lleva por título “Homenaje”. Idealmente sería mejor cantarla, pero en la práctica resultará menos oneroso a vuestros oídos que solo recite la estrofa principal:

*...no vacilaremos  
en tenderle una canción  
un millón de voces  
te dirán que no fue en vano  
que nos dieras de tu boca  
el pan del aire y una flor...*

En ese caso se trataba de recordar a Víctor Jara que fue asesinado por cantar los sueños y las esperanzas de toda una generación que esperaba, lo que ellos creían, era “la gran liberación”. En este caso se trata de otro cantautor, Juan Noemi Callejas, que durante tantos años ‘nos ha dado de su boca’ “el pan del aire y una flor”. En ambos casos se trata de los amigos,

que se reconocen en este acto de complicidad: rendir un homenaje agradecido a quien nos ha regalado tanto... a quien “nos diera de su boca el pan del aire y una flor”

Pues de eso se trata esto. De un homenaje a Juan Noemi Callejas, de un reconocimiento, de una acción de gracias –en palabras de Ignacio de Loyola– “por tanto bien recibido”. Bienes recibidos de manos de un profesor universitario, con su enseñanza, su investigación, sus publicaciones, su amistad, su persona. Tanto bien recibido por tantos, en tantas clases, de tantos años de docencia. Bienes recibidos por medio de tantos libros, tantos artículos, tantas conferencias, tantas conversaciones. Tanta buena teología que Juan nos has dado. Buena teología que nos has transmitido, entregado, en una suerte de legado, de una herencia que nos ha sido dada para entregarla, que por tanto nos convierte no solo en receptores sino en deudores, al recibir una buena tierra

que no podemos sino cultivar, unos talentos que debemos multiplicar. Este mismo libro es un signo patente de ese cultivo. En *La inteligencia de la esperanza. Homenaje al profesor Juan Noemi Callejas*, perfectamente editado por Fredy Parra y Agustina Serrano en la serie *Anales de la Facultad de Teología*, escriben amigos y colegas de tantas jornadas y muchos que nos reconocemos como sus discípulos. Somos 21 los que aquí escribimos, la mayoría teólogos, aunque también hay un par de filósofos y un historiador, la mayoría chilenos, aunque también hay extranjeros, algunos misioneros que han consagrado su vida a nuestro país. Cada uno intentando aportar y servir –como reza el título del artículo de Andrés Arteaga, el único obispo– a “la vocación teológica de la Iglesia en Chile”. No dedicaré estas palabras a resumir algunos o todos los artículos de este libro. Tampoco me ocuparé de presentar el otro libro que esta noche nos acompaña, un nuevo libro de Juan que se suma a la larga caravana de sus libros: *Credibilidad del cristianismo. La fe en el horizonte de la modernidad.*, magníficamente editado por el CTML que recoge siete artículos recientes de Juan. Ambos libros traen un listado muy completo de los libros y de los artículos de Juan que tenemos que leer (son solo 97 artículos, la mayoría fácilmente ubicables en la revista *Teología y Vida*).

Si no comentaré ni el libro de Homenaje ni tampoco el libro de Juan, ¿entonces qué? Quiero más bien reflexionar brevemente sobre el legado recibido, sobre la buena teología que Juan nos ha regalado. ¿En qué consiste ese bien que hemos recibido? En qué consiste ese “pan del aire y una flor... que nos ha dado de su boca”. De paso decirle a Juan que este don, este traspaso, esa entrega, el trabajo de toda su vida, “no ha sido en vano”. ¿Por qué? Lo diré en una palabra: Juan nos ha regalado una teología a la altura de los sueños del Concilio Vaticano II.

Porque eso es lo que Juan ha sido, un Teólogo del Concilio; y no es poco... Toda su vida de creyente y su labor de teólogo ha estado marcada por este “acontecimiento eclesial, el más importante del siglo XX”, “la brújula segura para entrar al tercer milenio” –dos felices expresiones de Juan Pablo II. A Juan le tocó vivir el Concilio en la misma Roma, mientras estudiaba en la Gregoriana entre 1962 y 1966. Don Manuel Larraín se juntaba con los seminaristas y en particular con este que pintaba para teólogo y contaba y explicaba lo que estaba sucediendo. Años de estudio, durante el Concilio, desde el Concilio que como sabemos recibe las aguas de la renovación eclesial que ya estaba aconteciendo en la primera mitad

del siglo XX: la reforma Bíblica, la litúrgica, la patrística, la del apostolado, la de la DSI, la de la nueva teología. Juan termina su doctorado en Alemania 10 años después de concluido el Concilio. Y todos estos años, estos 40 años, ha sido profesor, maestro y formador de teólogos en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Todos estos años de investigador y profesor, de escritor y conferencista en cientos de actividades universitarias y eclesiales han coincidido con los años de recepción del Concilio. Una tarea maravillosa que nos ha tocado providencialmente a todos, porque estos 50 años no son sino la multiforme experiencia de recepción del Vaticano II.

Quiero destacar 5 aspectos de la teología de Juan que nos muestran la manera como él ha sido teólogo del Concilio.

- 1) El primero refiere a una clave que nos da *Gaudium Spes* y que recoge magníficamente Medellín: el mundo, la realidad son parte integrante del círculo teológico y no un mero lugar de aplicación de un dato perenne, inmodificable y ya constituido. “La historia como antecedente configurativo del alcance de las afirmaciones (teológicas)”<sup>1</sup>. La

circularidad hermenéutica de esta disciplina reconoce positividad al mundo, a lo creado, y no solo negatividad. Una tesis central que atraviesa toda su obra. La encontramos en su tesis de doctorado de 1975, que por algo se llama *Interpretación teológica del presente*. En esta introducción al pensamiento temprano de Paul Tillich nos muestra los esfuerzos de este teólogo protestante alemán por correlacionar el *mensaje cristiano* con la *situación contemporánea*, los dos focos, los dos polos de una teología que quiera estar a la altura de los tiempos, que quiera ser relevante, salvífica para sus destinatarios. De una teología como “*interpretatio temporis*” –como dirá Hünermann uno de sus maestros y director de su doctorado– como “significación teológica de los acontecimientos” –como dirá uno de sus discípulos– como discernimiento de los signos de los tiempos –como dirá el mismo Concilio– como “reflexión de la praxis a la luz de la fe” –como dirá Gutiérrez. Teología en un “nuevo paradigma hermenéutico” que el Concilio va reconociendo: “teología en la historia y de la historia”<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> “Hacia una teología de la evangelización en América Latina”, *Teología y Vida*, XXXVI (1995) 210.

<sup>2</sup> NOEMI, Juan, *Credibilidad del cristianismo. La fe en el horizonte de la modernidad*, 180-181.

- 2) El segundo aspecto refiere a que la historia, la realidad, es el tiempo presente, y el tiempo presente se llama modernidad. Así reza el subtítulo del libro de Juan que lanzamos hoy: *La fe en el horizonte de la modernidad*. Contenido y título de muchos de sus artículos. Juan es un teólogo que se confronta con la razón moderna. Lo hace porque a su juicio la modernidad es la razón de nuestros contemporáneos. El giro del Concilio consiste justamente en pasar como Iglesia del rechazo y la defensa al diálogo y la apertura a este mundo de hoy.

Para Juan la gran novedad de la razón es la razón moderna. Descartes, Kant, Hegel no han sido suficientemente asumidos por el discurso teológico y eclesial y la tarea del teólogo es justamente asumirlos y estar a la altura de los desafíos que nos plantean. Ellos han transformado nuestro modo de pensar y no es posible pensar sin ellos pues estamos *después* de ellos y más precisamente *tras* de ellos. Las querellas entre cristianismo y modernidad no deben ocultar lo fundamental: el Dios salvador es el Dios creador. La razón humana, su despliegue, desarrollo y evolución son parte del designio creador de Dios.

“La contemporaneidad de la teología” (título de un artículo temprano de 1976) es uno de sus constantes insistencias. Es la vigencia de la razón moderna que sigue desafiando a la Iglesia lo que lo hace sospechar de aquellos que quieren celebrar demasiado rápido el funeral de la modernidad en nombre de una pretendida posmodernidad<sup>3</sup>. Son muy explícitas sus críticas a la moda posmoderna, a este invento de París “capital de la moda”, sobre todo cuando esta, en su disputa con la razón moderna, huele a “nostalgia de Atlántidas sumergidas” (Ricoeur), a premodernidad, o cuando con su razón débil se muestra incapaz de hacer frente al relativismo y parece ser la moda cultural más funcional al capitalismo globalizado (Jameson). Pero sostengo que la teología de Juan, como la del Concilio, sirve también para aquellos que estimamos que la nuestra ya no es una modernidad ilustrada sino una modernidad tardía. Una teología que quiere “dar razón de su esperanza”, como él mismo lo formula “al hombre contemporáneo y miembro de una sociedad

<sup>3</sup> “Posmodernismo y posmodernidad en teología”, *Stromata* 51 (1995) 187-299

posilustrada”<sup>4</sup>. Más allá de la tentación del “post”, del recurso a un prefijo que poco dice, también Juan constata que estamos en otro momento de esta larga y cambiante modernidad.

- 3) Tercero, la realidad no es solo el tiempo, sino también es el lugar, la situación, y la nuestra es América Latina. Juan es un teólogo latinoamericano y ha sostenido un diálogo acogedor y crítico con el magisterio y la teología latinoamericana y por supuesto con la teología de la liberación. Son muchos los artículos que explícitamente se ocupan de ella.

Para Juan la novedad del magisterio latinoamericano –“único caso de una recepción continental del concilio” (Schickendantz)– y de la teología de la liberación, se debe a la novedad conciliar, y lejos de ser un fenómeno exótico, una peculiaridad extravagante de una teología adolescente que se autoafirma en la reivindicación de su diferencia, esta no solo en continuidad con el magisterio y la teología del Concilio, sino que ejecuta, como la misma GS lo hace, una teología que discier-

ne los signos de los tiempos del continente. Como sabemos esta reflexión crítica de la praxis a la luz de la fe no está vinculada a determinados contenidos sino a dos descubrimientos capitales formulados por Gustavo Gutiérrez el fundador de esta teología: “la primacía de la práctica y la perspectiva del pobre”.

En un continente caracterizado por su dependencia intelectual, con déficit contemplativos y reflexivos debidos, entre otras cosas a la ausencia de tradición monástica y filosófica, en la que están desequilibrados su enorme peso social con su leve peso intelectual, lo que implica una “debilidad orgánica del catolicismo latinoamericano” (Paulo VI), es sorprendente esta novedad teológica. Pero crítico como es, al tiempo de alabarla, explicita sus límites, pues la validez del intento se mantendrá en la medida que los supere... digo los límites...

Pero una teología que intenta hacerse cargo del presente y la situación ¿no está acaso condenada a la historicidad, a mantener su vigencia superándose constantemente a sí misma? Noemi constata la crisis que se ha producido con posterioridad al auge que tuvo la

<sup>4</sup> “Sobre la dimensión política de la escatología cristiana. Una aproximación teológica fundamental”, *Teología y Vida*, XXXIV (1993) 149.

TdL en AL: “En una primera etapa este desafío de interpretación teológica de los signos de los tiempos se actualizó en atención a los aportes que era posible recoger de determinados análisis socioeconómicos globales. Las teorías del desarrollo, de la marginalidad y de la dependencia permiten acceder a una visión general de la situación latinoamericana. Los conceptos de liberación, opresión, marginalidad, dependencia, etc., constituyen, entonces, verdaderas claves hermenéuticas a través de las cuales se accede a lo latinoamericano. En un segundo momento empezaron a hacerse evidentes los límites de esta reflexión teológica mediada socioeconómica y políticamente. Las mencionadas claves hermenéuticas se perciben estrechas y demasiado esquemáticas para expresar la riqueza y complejidad del fenómeno histórico que representa América Latina”<sup>5</sup>. En la solución que Juan propone se manifiestan los tres rasgos que estamos mencionando y aflora el cuarto que mencionaremos.

Sabemos que Noemi atribuye “las lagunas y acriticidad con

que se ha teologizado en AL”<sup>6</sup>, no solo a cuestiones que tienen su raíz en lo político, sino “a que Latinoamérica no ha sido reflexionada filosóficamente”<sup>7</sup>. Se quiere a la filosofía como aliada de una teología que indique con claridad cuál es su aporte fundamental: “asumir lo latinoamericano no como un accidente sino un antecedente de la teología”<sup>8</sup>; asumir el condicionamiento histórico-cultural como una realidad que positivamente debe integrarse al círculo hermenéutico que configura el teologizar. Se puede así distinguir entre los límites y defectos reales de la teología de la liberación y el aporte sustantivo que ella representa y el desafío pendiente que permanece como su fruto más perdurable: ser un explícito ensayo de interpretación de los signos de los tiempos. “El que la percepción e interpretación de tales signos haya sido parcial y deficitaria no invalida su afán fundamental de hacerse cargo de la concreta situación histórica de nuestros países”<sup>9</sup>. Es respuesta “al enfoque histórico-salvífico con que el Concilio

<sup>5</sup> NOEMI, J., “Hacia una teología de la evangelización en América latina”, *Teología y Vida* Vol. XXXVI (1995) 207.

<sup>6</sup> Ídem.

<sup>7</sup> Ídem.

<sup>8</sup> Ídem.

<sup>9</sup> *Ibid.*, 210.

Vaticano II pretendió establecer un diálogo con el mundo contemporáneo<sup>10</sup>. La misma definición de teología de Gutiérrez, “reflexión crítica de la praxis histórica a la luz de la fe” constituye una paráfrasis del propósito vaticano de “escrutar los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz de Evangelio”. Tal como lo significativo del Concilio reside, más que en el aportar una respuesta, en el haber señalado la vigencia de una pregunta, lo significativo de la teología de la liberación es haber recogido ese mandato de interpretar teológicamente el presente latinoamericano y más allá de sus límites, manifiesta la porfía de una teología que no está dispuesta a dar la espalda a la realidad y que justamente en su carácter provisorio, porque histórico, funda el vigor de su vigencia.

- 4) Cuarto, acoger la realidad, la de su tiempo y su lugar, la de la modernidad tardía LA, en la teología, reconocer que Dios se revela para que el ser humano crea, y que esa fe debe ser inteligible, conlleva el oficio de no solo creer en el don de Dios sino que también pensar el don de Dios. Y el oficio de pensar,

es pensar la unidad, es ser capaz de superar todo dualismo.

Pensar el don de Dios es pensar a fondo y sostener que pensar ese don no se opone sino al revés potencia la libertad del hombre. Tantos artículos dedicados a la libertad no como competencia de la gracia sino como lo humano donde ella actúa. En Juan Noemi Dios y el hombre no compiten, la Iglesia no se opone al mundo, pues existe en el mundo y debe hacerse cargo de su mundanidad; la fe no se contrapone a la razón “ya que una se encuentra en la otra y así tiene su propio espacio de realización” como dice tan acertadamente *Fides et ratio* 17. Todas las dicotomías todos los dualismos son acometidos. “Superar tanto el dualismo epistemológico que contrapone fe y razón, como el dualismo eclesiológico que confronta Iglesia y mundo”<sup>11</sup>. Lo escatológico no sustrae del compromiso temporal (no hay dualismo entre presente histórico y futuro escatológico); lo sagrado no es una nube separada de lo profano; lo trascendente tiene que ser pensado desde y en la inmanencia.

<sup>10</sup> Ídem.

<sup>11</sup> Andrés ARTEAGA, “Servir la ‘vocación teológica’ de la Iglesia en Chile”, en este libro de homenaje, 34.

Juan piensa y piensa a fondo y al hacerlo logra ver la unidad que sostiene la diferencia, y es capaz por tanto de superar la mayor tentación de la teología: el dualismo. Una mala solución para combatir la reducción monista. Si logra hacerlo es gracias a que ha sabido aliarse con una buena compañera de camino. No ha desdeñado a la sierva, a la *ancilla*: “la filosofía no es un lujo para la teología sino una necesidad que le es ineludible”. ¿Cómo pensar teológicamente a fondo sin recurrir al pensar filosófico, al pensar más radical? Para mí esta afirmación de Juan se convirtió en una misión, en un mandato, que ha determinado toda mi vida intelectual: buscar los aportes de la filosofía a la teología. Ha determinado también la suya, buscándolos en Schelling... en Hegel en el idealismo alemán, a mí me ha tocado buscarlos en la fenomenología francesa.

En resumen y ahora como los parabienes al revés de la Violeta. Pensar la fe es la tarea del teólogo, pensar la fe es pensar la unidad, superando todo dualismo, pensar la fe es pensar con los recursos que ofrece la filosofía. ¿Pero que filosofía? La contemporánea, la moderna... Pues siempre se piensa desde un lugar desde una situación

(desde América latina) y desde un tiempo, desde el presente, desde lo contemporáneo (desde la modernidad, la ilustrada y la tardía). No se trata de un pensar abstracto, de una razón sola, desvinculada, de “la sola razón”: tentación ilustrada. O de una razón universal, sin presupuestos. Tampoco de una razón perenne, inmodificable, que dice lo esencial y que carente de atributos, permanece incontaminada, solo fiel a sí misma. Se trata de una razón histórico-concreta, de una razón situada, de una razón mediada, de una razón encarnada, con cuerpo, con tradición, afectada... de una razón ampliada (como dice Benedicto XVI). La fe que amplía la razón y la purifica y la razón que amplía la fe y la purifica. ¿Por qué? Porque este mundo salvado es el mundo creado, es la positividad teológica de la realidad. Es que esta realidad es constitutiva del mensaje. Es una alteridad que constituye. Por lo tanto el teólogo no puede sino ser un teólogo de la historia. Teólogo de la historia, de la modernidad, latinoamericano, amigo de la filosofía. Rasgos todos ellos que caracterizan el pensar de Juan, que hemos recibido de su boca y que son para nosotros señales de ruta. Todos estos rasgos hacen de Juan un teólogo a la altura de los sueños del Concilio... y no es poco.